

Our Exagmination, Dear Mister Germs Choice

A mis ojos atónitos se presenta un auténtico hidalgo a la antigua usanza, refinadísimo, casi transparente, huesudo y largo, un tanto cargado de hombros también y con su curioso y pálido rostro habsbúrgico de cuarto creciente en una cabeza alta como una torre y de frente abombada, un ojo azul enorme —el derecho— esforzándose en nadar dentro de un cristal de a dedo.

JUAN RAMÓN MASOLIVER

Si la obligación era diplomarse en el sorboniano Institut des Études Internationales y la devoción andar en el ruedo surrealista del papa Breton, la aspiración última del doctrino veinteañero que era entonces apuntaba al solitario e inalcanzable James Joyce, anclado en París desde hacía diez años. Y el cabo válido lo tendió la chispeante Nancy Cunard, musa de los surrealistas y dueña de la requintada editorial Hours Press, al dirigirme a su colega la editora del *Ulises* joyceano: la etérea y circumspecta Sylvia Beach, joven yanqui de mofletes de porcelana, voz meliflua y pies del 42, muy al modo de las que con el tiempo serían nuestras monjas postconciliares. Dueña y vestal de la Shakespeare and Co., rue de l'Odéon, biblioteca circulante para anglófonos y librería muy intelectual, *miss* Sylvia agradeció en nombre del escritor el número de nuestra revista vanguardista *Hélix* con su doble página de *Ulises*, en primera traducción catalana. Pero el maestro no tenía, ay, horas libres; tanto trabajo le daban las frases del fresco polifónico que era su "Work in Progres".

Insensible a tales pedos de monja, el estudiante siguió fiel a Shakespeare and Co., adquirió dos hermosas *plaquettes* editadas por la casa sobre otros tantos fragmentos de tal Óbra en Marcha: el de *Anna Livia Plurabelle* y *The Mookse and the Gra-pes*; y más adelante —a fuerza de ayunos— un ejemplar del todavía caliente y esclarecedor *Our Exagmination Round His Fac-tification For Incamination Of Work In Pro-gress* en que la *miss* reunió una docena de estudios de grandes especialistas —el entonces desconocido Beckett, entre ellos— en torno a ese trabajar de Joyce. Y ya me veis de codos sobre tamaña profusión de sabias adquisiciones en torno a santo Tomás y el Cusano, Dante, Giordano Bruno y en particular Giambattista Vico, inexcusables, decían, si aspirabas a en-

tender las frases camaleónicas, las revueltas y las múltiples intenciones de semejante y nunca acabada obra en marcha. Incluidos, se entiende, tal prodigio de contaminación de lenguas y jergas, el continuo juego de palabras y los divertidos cambios de acepción, las palabras-maleta o el mero y lúdico inventar según el modo tan ingenioso como nunca abandonado desde los días de Rabelais y Merlin Cocai a los Carroll, Lear, Stamm y quien más pongan. Y sea porque el esfuerzo merecía premio; o porque a un pirrado por las lenguas, como era el maestro, le picase el diablo de la curiosidad al verse puesto en el "pus bell catalanesc", lo cierto es que en una de las tantas estaciones, sor Sylvia anunció la fecha de la próxima epifanía del irlandés.

Y allá me tenéis, sin llegarme la camisa al cuerpo, tal día de fiesta doble de primera



James Joyce
Refinadísimo, casi transparente, huesudo y largo

clase. Cuando a mis ojos atónitos se presenta un auténtico hidalgo a la antigua usanza, refinadísimo, casi transparente, huesudo y largo, un tanto cargado de hombros también y con su curioso y pálido rostro habsbúrgico de cuarto creciente en una cabeza alta como una torre y de frente abombada, un ojo azul enorme —el derecho— esforzándose en nadar dentro de un cristal de a dedo. Entretanto la mano sedosa de pianista mecía muellemente un bastón blanco, mientras la boca fina, no sé si risueña o algo burlona, emitía una voz dulce, tenoril y vibrante, bien escandidas las palabras, medidas todas, amables sin duda, incluso cordiales, aunque con un no sé qué de altivez. Sólo una primera impresión, lo reconozco, pues en ulteriores encuentros no hubo ni sombras de aquel gesto distanciador. Que siempre mostraría una sencillez y un abandonarse, una unanimidad para con este aprendiz, como rara vez verías en gentes de esa altura.

Porque el contacto se repitió, en aquella santa casa y, más a menudo, a la caída de la tarde en un café próximo a los Inválidos (él vivía allí cerca), un café de esquina junto al mercado pero tranquilo a aquellas horas. Invariable, él pedía una infusión; pobre de mí, la de aguas de verbena que llegué a beber. Al principio me tocaba hacer el gasto de la conversa; Joyce se limitaba a preguntar, amable y breve, como si se interesase en mis hartas cortas experiencias. Mas no era ese el juego: uno no había subido hasta aquel *haut-lieu* para perderse en cumplidos. Y en dar el asalto a aquella Jericó vino de perlas un compañero de pensión, el espigado y seco Lallier, un bre-tón más que ducho en cuestiones filológicas pese a cursar Sciences Politiques, y que al maestro puso en gozosa llama.

Otra vez, mientras *Anna Livia* en mano me afanaba por desentrañar el peso de las palabras y el significado de las frases, en menos de nada el autor las puso claras como la luz, matizando, inventándolas otra vez, aumentando incluso su primor y gracia, los efectos musicales. Aquel mágico ir desenfilando nombres —rehaciéndolos— de ríos del mundo, en homenaje al modesto Liffey de su ciudad: la náyade de áurea cabellera que dio origen mitológico a Dublín, la *Anna Livia*. Y qué delicia, qué espectáculo único oírle recitar, casi cantar, largas tiradas de aquel capítulo ahora milagrosamente captable, plausible, aunque te escapara el significado de unas palabras. Un vasto y complejo fresco, tan vivaz y siempre en mutación, susceptible de una infinidad de muy distintas y enriquecedoras lecturas, semejante plétora, inventando de alto abajo todo un lenguaje. Una lección que aprendí de una vez por todas.

Como inolvidable sería el otro regalo, cuando al saber que mi maestro Jordi Rubió me brindaba un lectorado en la Universidad de Génova, me citó en un pequeño restaurante cerca del bulevar Montparnasse. Tras exaltarse con el paralelismo entre Génova y "su" Trieste, dos anfiteatros al abrigo del monte para un mejor dominio del mar y hacer propias las experiencias todas del mundo, pasó a su personaje en gestación: aquel tabernero irlandés borrachín y pecador que es a la vez *pater familias* y es el propio Joyce, escritor y hombre, como el Dublín enamorado de su esposa-río y el propio Fin-negan, el del velatorio: el Adán padre de todos y el Here Comes Everybody que vale por la historia entera, sagrada o no, con su forzoso ciclo de nacimiento, plenitud, decadencia y muerte, para volver a empezar una y mil veces. El regalo, decía, cuando acercando peligrosamente el ojo menos dañado a un tarjetón que se sacó del bolsillo, leyó las cálidas palabras con que a Ezra Pound, que ya tenía sus cuarteles en Rapallo, a media hora de Génova, le emplazaba a que fuera el Virgilio de mi "descenso" a Italia.

JUAN RAMÓN MASOLIVER
Escritor y crítico literario